

Alejandro Zambra: Aprendiendo todo de nuevo

Por Valeria Barahona

Las resacas de las fiestas con poetas nacionales son lo más intenso del mundo porque nunca se sabe si lo que se recuerda ocurrió realmente: imitaciones a voz en cuello de los supuestos enemigos literarios, exóticas intervenciones artísticas, peleas a combos entre amigos, que después de sangrar siguen siendo inseparables. Todo, bendecido por cantidades ingentes de alcohol de la más diversa calidad. Así es el viaje que propone en Alejandro Zambra, el escritor hoy radicado en México.

"Poeta Chileno" se suma a sus anteriores obras: "Bonsái", "La vida privada de los árboles", "Formas de Volver a Casa", "Mis documentos" y "Facsimil".

Gonzalo Rojas es el protagonista de esta nueva novela. Pero es otro Gonzalo, no el famoso autor de "¿Qué se ama cuando se ama?". La novela se centra en un adolescente de Maipú que se enamora de Carla, de La Reina. La inmadurez de ambos y los pésimos poemas de Gonzalo quebran la relación. Nueve años más tarde se encuentran borrachos en una disco gay de Bellavista, en el centro de la ciudad: él es literato, académico y ella trabaja en la oficina de su papá porque fue madre de forma inesperada.

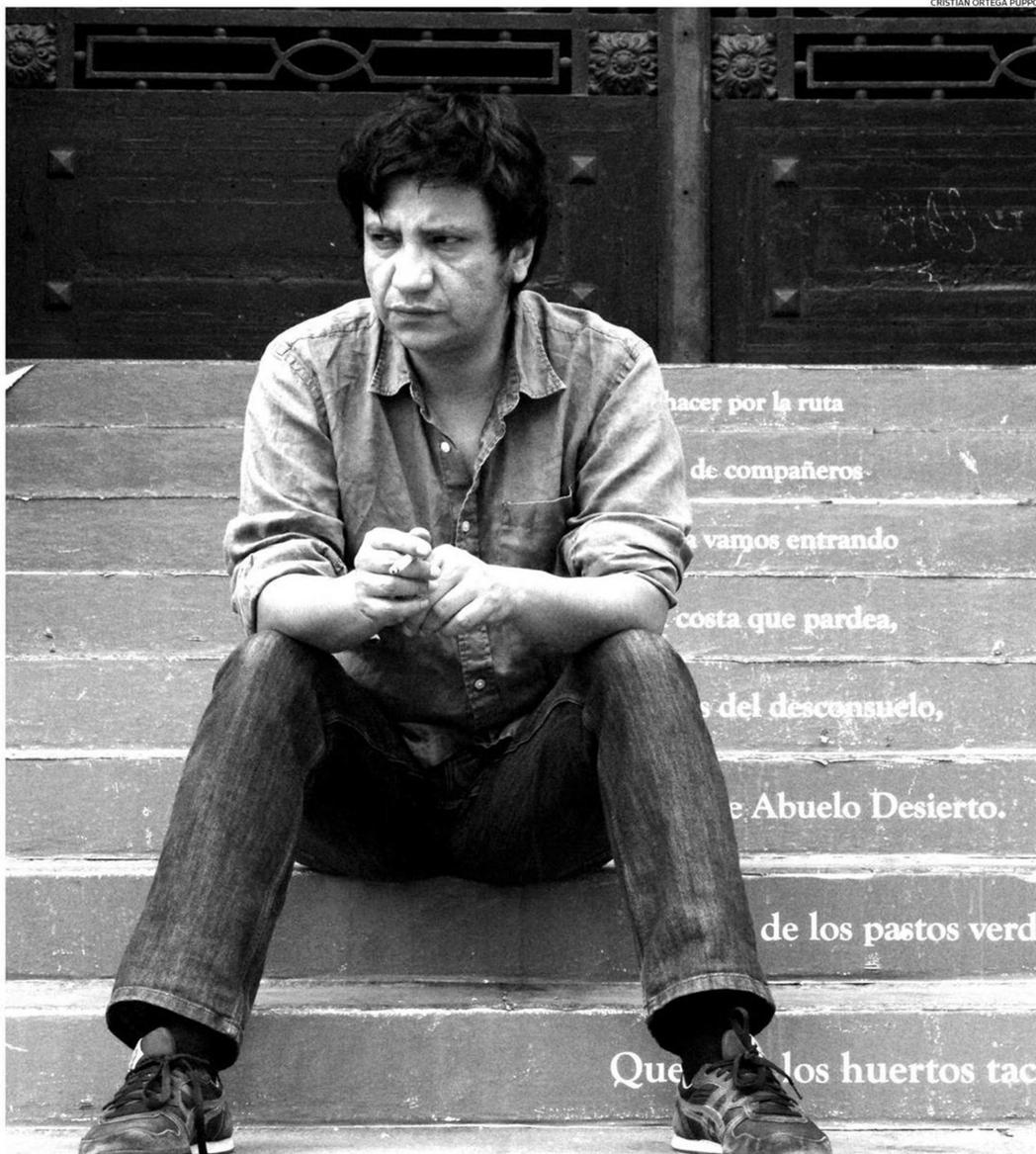
Vicente se llama el hijo de Carla, quien conquista de inmediato a Gonzalo. La complicidad entre ambos va creciendo con los años hasta que el académico -quien ya no escribe poesía- se gana una beca de posgrado en Estados Unidos y le pide a Carla que se vayan juntos, con Vicente incluido. Ella se niega y la suerte de familia que los tres amaron durante años, se diluye.

"Poeta chileno" para Zambra es un libro sobre "nuestra idea de la familia y la autoridad". Y ser padre -en sus palabras- "consiste en dejarse ganar hasta el día en que la derrota sea verdadera".

¿Cómo nació la idea de este libro?

-Pensé por primera vez en un libro como este hace como quince años, y desde entonces fui juntando imágenes, experiencias propias y ajenas. Luego de "Facsimil", durante dos o tres meses, quizás seis, no escribí nada de nada, supongo que me estaba desintoxicando de los libros propios o realfabetizando, que es más o menos lo mismo. Y luego empecé a escribir varios libros simultáneamente, entre ellos esta novela, pensando en que

Anagrama suspendió todos los vuelos de sus escritores para evitar un eventual contagio de coronavirus. Por eso, Alejandro Zambra no pudo venir al país a presentar su recién publicada novela "Poeta chileno" (Anagrama). Desde México -donde reside ahora- cuenta los detalles de la historia de un padre, un padrastro, una madre y un niño.



LA OBRA DE ZAMBRA HA SIDO TRADUCIDA A VEINTE IDIOMAS, Y RELATOS SUYOS HAN APARECIDO EN THE NEW YORKER Y THE PARIS REVIEW.

se mezclarían o que alguno de ellos moriría de muerte natural, pero nada de eso pasó, los medio terminé todos, a pesar de que son muy diferentes entre sí. Es gracioso, porque esta novela es sobre poetas, pero creo que es la menos literaria que he escrito.

¿Qué poetas nacionales te inspiraron?

-Muchos, claro, aunque no creo en la inspiración, soy más obsesivo que inspirado o metódico. "No se puede hablar poéticamente de la poesía", decía Gombrowicz, y creo que esa frase vale para esta novela, aunque para mí es mucho más un libro sobre la poesía. Para mí es un libro sobre las familias que

intentamos hace quince o veinte años, sobre nuestra idea de familia y autoridad. Me gusta que aparezca la comunidad desordenada, pendenciera, frágil, divertida y valiente de la poesía chilena. Formo parte de ella, de algún modo, espero. Supongo que este libro también tiene que ver con la distancia. Hace tres años me

fui de Chile y esta novela se relaciona con esa partida.

¿Qué es lo más ridículo de la poesía chilena?

-El culto a la personalidad. Nos criamos en ese culto al poeta-personaje y en la idea de la poesía como un club de la pelea. Esa competencia feroz y fardulera sigue en pie, pero no me interesa.

-En relación a la ternura de Gonzalo, ¿qué es lo más tierno de los poetas chilenos?

-El miedo a escribir la palabra ternura. Salvo Gabriela Mistral, claro.

¿Qué poetas nacionales consideras de cabecera?

-Soy malo para hacer rankings, no me gusta. Tampoco me gusta la separación tajante entre

CRISTIAN ORTEGA RUPO



SHUTTERSTOCK

EN LA NOVELA "POETA CHILENO" APARECE EL GATO OSCURIDAD Y UN NIÑO AL QUE LE GUSTA PROBAR DE SU COMIDA.

poesía y prosa. Me interesa más insistir en las comunidades literarias. Hay poetas que fueron y son especialmente importantes para mí, pero me resisto a la lógica del ranking. Debería más bien nombrar a mis amigos. Sería una lista larga, sospechosa, heterogénea y sin embargo honesta, porque no me pierdo sus libros, los busco y recibo con ansiedad. Nunca aprendí más que leyendo poemas inéditos con mis amigos, al calor de unas cervezas.

-¿Y mientras estudiabas, cuáles eran tus poetas favoritos?

-En la universidad me debatía entre un intelectualismo voluntarioso y arribista y mi lado emo, que siempre ha existido y existirá, aunque en ese tiempo trataba de disimularlo. A la altura de los dieciocho años, mis poetas favoritos eran Jorge Teillier, Gonzalo Millán, Enrique Lihn y Alejandra Pizarnik, los leía todo el tiempo, también a Emily Dickinson. No me tomaba tan en serio esa cosa maniquea, binominal de la poesía chilena, me parecía medio ridícula la discusión canónica, pero igual participaba, porque eso me importaba mucho, participar. En realidad, recuerdo alguna pelea en que los contendores eran Cortázar y Lihn, es decir la prosa versus la poesía...

-¿Ganaba Cortázar?

-Claro, Cortázar era el superhéroe literario de la facultad entera, el escritor unánime, y a mí me fascinaba, pero sentía que mi responsabilidad de poeta en ciernes era defender a Lihn... Teillier representaba también algo para mí en el plano estrictamente simbólico; tal vez la imagen tradicional del poeta. Las pocas veces que hablé con él yo tartamudeaba de emoción. En cuanto a Gonzalo Millán, lo imitaba todo el tiempo. Por esos años le también observaba a María Luisa Bombal y a José Santos González Ve-

"Es gracioso, porque esta novela es sobre poetas, pero creo que es la menos literaria que he escrito", dice el escritor nacional sobre su última obra.

ra, y gracias al profesor David Wallace conocí la obra de Juan Emar, que me voló la cabeza.

CHILE

-En la novela haces paralelos entre técnicas narrativas y técnicas para enfrentar la vida, ¿cuál recomiendas para el Chile actual?

-Supongo que te referías a esos versos de Fabián Casas que abren la novela: "Una técnica que sirve para escribir/ debe servir también para vivir". Vivo fuera, pero mi impresión es que el Chile actual ha reconquistado lo colectivo, la solidaridad, el deseo de hablar, de participar, de unirse, de discutir, de disentir. Y la literatura hace eso, siempre, o debería hacerlo. Hay que salirse del monólogo, lo que no significa evitar la primera persona sino buscar en la voz propia la voz de los demás, hasta que el yo suene como un desafinado nosotros.

-¿Qué poetas aconsejas leer para criar a un niño?

-Tengo un hijo de dos años y a estas alturas mi único consejo es muy obvio y para nada literario: hacer absolutamente todo por estar lo más cerca posible de él. Muchas horas diarias, ojálá todas. Mi hijo lleva ya unos meses hablando como lo-ro y ser testigo de su adquisición del lenguaje, presenciar

su romance con las palabras, con la música, con la risa, ha sido lejos la experiencia más hermosa de mi vida. Tengo la sensación de estar aprendiéndolo todo de nuevo.

-¿Por qué crees que hay muy poca poesía en el currículum educacional chileno?

-Porque se enseña mal, no más. Aunque la mayoría de la gente conoce o presiente el poderío de la tradición poética chilena, siento que la poesía se enseña muy mal. Y la literatura, en general. No he podido leer, porque vivo lejos, Quién le teme a la poesía, el libro que acaba de publicar ediciones Laurel, que entiendo se encarga de dinamitar ese prejuicio. También conozco unas valiosas investigaciones inéditas sobre las formas de enseñanza poesía en los colegios chilenos que ha hecho mi amigo Andrés Anwandter. Y poetas como Alejandra del Río, que lleva años metida en la educación poética temprana, en la educación artística. Me interesan mucho esos proyectos.

POESÍA Y RISA

-Los poetas de tu novela no leen novelas...

-Claro, piensan que "la novela es la poesía de los tonitos", como decía el Chico Molina... La poesía no es sinónimo de monólogo, para nada. La poesía del siglo XX reaccionó contra la idea de monólogo, y estamos en el siglo XXI... Aún hoy aparecen profesores y críticos confirmando la división tajante entre poesía y prosa, que es una división del mercado, no de los textos. Se exagera muchísimo la diferencia entre poesía y prosa. Y también la diferencia entre ficción y no ficción.

-¿Qué harías tú para enseñar poesía?

-Partiría por la música y el humor. O sea, por ejemplo, los chistes, que no son verdaderos ni falsos, son ficcionales. Los

sueños tampoco son mentira, eso cualquiera lo entiende. Todos hemos experimentado la dificultad de contar un sueño, incluso de contarnos a nosotros mismos. Mi sensación es que en los colegios se prescindiera de todo ese valioso conocimiento previo, se actúa como si los niños tuvieran que renunciar a lo que ya saben, se les castiga de antemano. No todos los profes son así, por supuesto. En la biografía de casi todos los que nos dedicamos a la literatura, hay un profesor que te cambió la vida.

-¿Los poemas son como chistes?

-Funcionan parecido, incluso si no tienen nada chistoso. El propósito de un chiste es provocar risa, el propósito de un poema es más difícil de establecer, tal vez hacer reír y llorar, o que después de leerlo no sepas si reír o llorar, o qué sé yo. Tampoco se insiste en la repetición, que es clave. Es algo muy natural, muy intuitivo: un poema es por definición algo que vas a leer más de una vez, muchas veces, igual que una canción. Eso también lo entiende cualquiera: vas a leer y releer, vas a profundizar en la experiencia del poema, igual como volverías a escuchar mil veces una canción, atendiendo a los detalles, fijándote en la batería, en la letra, profundizando, construyendo futuros recuerdos. No hay poesía sin música. Tampoco prosa sin música.

-¿Qué haces mientras el coronavírus anda ahí afuera?

Acá en México hay un clima de tensa normalidad obligatoria, por así decirlo. Pero como vivimos mentalmente en Chile, anticipamos la cuarentena. Estamos en casa todo el día, leyéndole cuentos al niño y escuchando a Violeta Parra y a Los Beatles. Hace unos días mi hijo me dijo: ¡Los Beatles somos John, Paul, Ringo, George y yo, papá!

¡Que siga la fiesta!

Adelanto del libro "Poeta chileno" Por Alejandro Zambra



"Justo cuando el clima beligerante terminaba, irrumpen en el living un poeta alto y raquítico, con el torso desnudo, como si pareciera haber intentado cagar sobre la cama del dueño de casa. Son dos poetas cuarentones quienes lo acusan y hay un tercero bien borracho que no se sabe si apoya la acusación pero no hace más que repetir, apuntando al poeta raquítico, en franco tono de bullying: 'Con ustedes, la sombra precaria de Enrique Lihn, la sombra precaria de Enrique Lihn'. El poeta de los anteojos ridículos aprovecha el momento para acusar al raquítico de haberle robado en otra fiesta un libro de Nikos Kazantzakis, y como si esta acusación fuera harito más grave que la de haber intentado cagar en la cama del dueño de casa (cosa que por lo demás el raquítico no niega, por el contrario, dice que intentaba una acción de arte) o la de ser la sombra precaria de Enrique Lihn (tampoco lo niega, simplemente ignora al acusador), se lanza contra todos sembrando combos y patadas a diestra y siniestra.

Pru está en un rincón, junto a Rocotto, que la abraza protectoramente. Está asustada pero puede más su vena periodística: quiere entender la pelea o al menos identificar los bandos, pero no es fácil, porque a los pocos segundos parece que pelearan todos contra todos.

-Acarastaste a José Emilio Pacheco en 1999, conchetumadre- le dice de pronto un poeta de barba abundante y canosa a Eustaquio Álvarez, que hasta ese momento había conseguido milagrosamente mantenerse al margen pero ahora recibe un combo en el hocico.

Es un rencor antiguo, para nada relacionado con los desmanes del poeta raquítico: en efecto, en los últimos meses del siglo XX, José Emilio Pacheco pasó varios días en Santiago y Eustaquio Álvarez fue su anfitrión y era prácticamente imposible acceder a Pacheco sin contar con su venia. No era esa la primera ni fue la última visita a Santiago del poeta mexicano, quien tampoco era considerado exactamente un rockstar, pero hubo poetas, como el de la barba abundante y canosa, que quedaron resentidos, y el rumor de que el dueño de casa era un acaparador de visitas ilustres (en realidad solo había acaparado a Pacheco, pero ya sabemos que los rumores tienden a la generalización) se instaló para siempre en el bullicioso ambiente de la poesía chilena.

Eustaquio Álvarez queda noqueado en el suelo unos segundos, con unos cuantos amigos fieles reanimándolo. Un poeta gay se apresura a darle respiración boca a boca, lo que no parece necesario. Los primeros auxilios devienen beso con lengua y enseñanza Álvarez se pone de pie, los invitados guardan silencio y Prú piensa que el anfitrión va a decretar el fin de la fiesta, pero grita, en cambio, imitando de nuevo la voz solemne del poeta Gonzalo Rojas:

-¡Qué siga la fiesta!

Y la fiesta sigue, sí: increíblemente la fiesta retoma la normalidad, no quedan huellas ni resabios de las peleas, y hay unos diez entusiastas tardíos bailando 'Sympathy for the devil', pero el grupo se multiplica cuando suena 'Estrechez de corazón'."